

todo hombre puede salvarse y que todos se salvarán. La creencia en la salvación universal estaba muy extendida en el siglo XV: se resistían á creer que Dios hubiera creado las almas para tener el placer de condenarlas (1).

Así surgió una creencia más verdadera de la oposición en un principio irreflexiva é instintiva de la naturaleza humana contra el excesivo espiritualismo cristiano. La oposición era inevitable en el sentido de que la doctrina católica era falsa, mientras los instintos de la naturaleza eran la expresión de la verdad. Y como entra en los designios de la Providencia el favorecer el desarrollo de la verdad, circunstancias exteriores que los hombres en su ignorancia atribuyen al acaso despertaron la libertad del pensamiento en medio de las tinieblas de la Edad Media: tales fueron el contacto del Occidente cristiano con el Occidente mahometano y el renacimiento de la antigüedad.

§ II.—Influencia del mahometismo.

La fe en una religión revelada sólo puede mantenerse en el aislamiento. Hé ahí por qué aisló Moisés á los Israelitas: separándolos del resto de la humanidad, fué como llegó á hacer de ellos el pueblo de Dios; pero al propio tiempo se hizo ese pueblo elegido, que, al decir de los católicos, representaba la futura Iglesia, el más insociable de los pueblos; y si es un tipo, lo es de la estrechez que caracteriza á las revelaciones milagrosas. El aislamiento es una violación de las leyes de la naturaleza; las naciones, como los individuos, deben vivir en sociedad. Ahora bien, desde el punto en que los hombres se relacionan, se ensanchan sus sentimientos, se extienden sus ideas. La religión se pierde, dirán los adoradores celosos de un Dios que hacen á su imagen; pero no, la religión deja de ser el privilegio de una pequeña sociedad, para elevarse á patrimonio común del género humano.

Jamás salía el pueblo judío de su estrecha existencia sin sacrificar á los dioses de los paganos. Lo propio aconteció á la cristiandad en la Edad Media. La invasión de los Bárbaros fué como la muerte del mundo antiguo; el Occidente católico se separó del resto de la tierra; y mientras duró el aislamiento, quedaron los creyentes al abrigo de

la duda: hubo siglos de ciega fe y de tinieblas intelectuales. Mas hé aquí que la Iglesia misma levanta á Europa y la lanza contra el Asia: en ningún momento aparece más patente el gobierno providencial que en las cruzadas. Emprendidas por la Iglesia con un interés de ambición y de propaganda religiosa, las guerras sagradas arruinan á la Iglesia y comprometen la religión del Cristo. La fe sin límites que inspiraba á los cruzados se puso en contacto con una creencia no menos fanática: ¿cuál fué el resultado de la colisión? En los libros de caballería disputan sobre la teología los héroes cristianos y sarracenos: cada cual sostiene naturalmente la superioridad de su religión. Empero estas relaciones acabaron por despertar la reflexión: al ver á los discípulos de Mahoma de tal modo apegados á su fe que ninguno consentía en abandonarla por la del Cristo, concibieron dudas sobre su creencia los cristianos. Bajo el punto de vista filosófico, dos revelaciones que coexisten se destruyen recíprocamente. Tal fué también á la larga el efecto de la lucha entre el cristianismo y el mahometismo. Sabido es el fanatismo que animaba á los primeros cruzados; la intolerancia alimentó las cruzadas y duró tan largo tiempo como las guerras sagradas. Sin embargo, al fin de estas luchas seculares se despertaron mejores sentimientos, á lo menos entre los poetas que cantaban las hazañas de los guerreros y que á las veces tomaban parte en ellas. En un poema caballeresco de *Wolfram de Eschenbach* se lee una apología de los Gentiles; los acentos del poeta son dignos de la poesía, que debe cantar el amor y no el odio: "Dios, dice, que es todo misericordia, ¿habría creado á los hombres para entregarlos á la muerte eterna?" (1). La idea misma de una guerra emprendida para convertir á los infieles por la fuerza de las armas, esa idea, más mahometana que cristiana, encontró censores. Hubo un clérigo que no temió atacar al papa y á los príncipes que se arrojaban "como bestias feroces," sobre pueblos cuya creencia difería de la suya: ¿no harían mejor, dice, en esperar, como Dios lo hace, á que esos hombres extraviados volvieran por sí mismos á la verdadera fe? (2).

Se acusa á los católicos de intolerancia; pero bajo su punto de vista tiene razón, porque de la

(1) GERVINUS, *Geschichte der deutschen Dichtung*, t. I, p. 406.

(2) GUILLAUME, clérigo de Normandía (*Histoire littéraire*, tomo XIX, p. 662).

(1) GERSON, *Sermo de nativitate Domini* (Op., t. III, p. 947).

tolerancia á la idea de que todas las religiones son santas no hay más que un paso. Hubo ya en la Edad Media sectas que sostenían que la fe de Mahoma era tan verdadera como la de Jesucristo (1): la indiferencia conducía á la incredulidad, y así se vió en Federico II y su cortejo. Un príncipe que tenía íntimas relaciones con los Sarracenos, y que hablaba de teología con los doctores árabes, no podía ya ver en el cristianismo la única religión verdadera. Ahora bien, creer que todas las religiones son verdaderas es decir en un cierto sentido que son todas falsas. De aquí la blasfemia de los *Tres Impostores*. Inocencio IV reprochó al incrédulo emperador su predilección por los Sarracenos; los Árabes afluían á su corte, y en pos de ellos la indiferencia y la incredulidad fueron ganando hasta los dignatarios de la Iglesia. El cardenal Ubal dini, amigo de Federico II, profesaba abiertamente el materialismo (2).

Otra fuente de incredulidad fué el mal éxito de las cruzadas: podría llamarse la incredulidad de la desesperación. Los cruzados habían tomado las armas al grito de *¡Dios lo quiere!* Creíanse seguros de la victoria; y cuando vieron á los Sarracenos vencedores, dudaron de un Dios que los había engañado: la desesperación fué tan amarga como profunda había sido la fe. Su cólera se volvió desde luego contra la Iglesia; el clero era quien había encendido las guerras que llamaba santas. Había prometido á los combatientes el apoyo de milicias celestiales, y las humillantes derrotas de los cruzados dieron un sangriento mentís á las promesas. Oigamos al trovador *Austoro de Orlac*, que después de la muerte de San Luis, exclama: "¡Maldito sea el clero! ¡Malditos sean los turcos que nos han retenido en esta tierra! Pero ¿no es Dios quien ha hecho este mal? ¿No es El quien les ha dado el poder? De hoy más no se debe creer en Jesucristo; es justo que adoremos á Mahoma, pues que Jesucristo y la Santa Virgen quieren que seamos vencidos contra todo derecho," (3). Como se ve, la reacción no se detuvo en la Iglesia: ¿no se identificaba la Iglesia con la religión? Los cruzados oían decir á los enemigos de la cristiandad: "¿Dónde está vuestro Dios cuya tumba venis á rescatar? ¿Por

qué os abandona?" (1). Lo que los infieles echaban en rostro á los cristianos como un insulto se lo decían á sí propios los cristianos. El canto famoso del *templario trovador* es una acerba revelación de estos sentimientos:

"El dolor y la cólera han tomado asiento en mi alma, y poco falta para que me maten. Caemos bajo el peso de esa cruz que habíamos tomado en honor de Aquel que en ella fué enclavado. No hay ya ni cruz ni fe que nos valga contra esos malditos felones de Turcos; no parece, y todo el mundo puede verlo claramente, sino que Dios los mantiene para nuestro mal... Los Turcos han jurado bien alto no dejar en estos lugares un solo creyente en Jesucristo; y de la Iglesia y de la Santa Virgen van, dicen, á hacer una mahomería. Pues si Dios, á quien todo esto debiera disgustar, lo consiente y halla bien, nosotros también necesitamos contentarnos. Buen loco será, pues, el que busque querellas con los Turcos, cuando todo se lo permite Jesucristo... Dios, que ántes velaba por nosotros, duerme, y el poder de Mahoma resplandece," (2).

¿Quién creería que este canto emana de uno de los guerreros que consagraban su vida á la defensa de la cristiandad y que fueron por largo tiempo terror de los infieles? El nombre del Temple despierta el recuerdo de una lúgubre tragedia: la orden entera fué suprimida como infectada de herejía y de incredulidad. Apenas nos atrevemos á hablar de los errores religiosos de los Templarios en presencia del crimen de sus jueces, y debiéramos decir de sus verdugos; mas, puesto que un concilio los condenó, preciso es que reñamos, á lo menos, las acusaciones dirigidas contra las víctimas. El papa escribió en 1306 á Felipe el Hermoso que circulaban acerca de los Templarios rumores increíbles, inauditos (3). Decíase que los novicios, después de recibir la *investidura de la orden* (el manto blanco con la cruz roja), eran llevados á un lugar secreto donde se les hacía escupir y pisotear la cruz, renegando de Jesucristo como un impostor; que los recalcitrantes eran castigados con la prisión y aún con la muerte, así como los que revelaban este horrible secreto; y en fin, que adoraban en vez de Jesucristo á un Dios desconocido, á

(1) *Epistola Gregorii IX*, a. 1274 (MANSI, t. XXIV, p. 40).

(2) FAUREL, *Histoire de la poésie provençale*, t. II, p. 138.

(3) *Epistola Clementis ad Philippum* (BALUZE, *Vita Pap. Aven.*, tomo II, p. 75).

(1) D'ARGENTRÉ, *Collectio Juridicorum*, t. I, P. I, p. 396.

(2) RENAN, *Averroès*, p. 228-230.

(3) *Histoire littéraire de la France*, t. XIX, p. 606.

un demonio. La bula de 1308 consigna la apostasía y la incredulidad: el papa afirma que, á su presencia y en muchas ocasiones, los caballeros arrestados confesaron haber negado al Redentor, y se felicitaba de haber descubierto esta defección escandalosa que amenazaba la existencia del cristianismo (1).

¿Qué hay de verdad en estas acusaciones? Imposible es, despues de tantos siglos, revisar el proceso; mas una cosa hay demasiado cierta, la crueldad de los jueces; y cuando los jueces son culpables, las presunciones se inclinan en favor de los condenados. No creemos en la culpabilidad de la orden como tal; sería contrario á todas las probabilidades históricas que una orden religiosa se hubiese convertido en una orden incrédula; y la constante negación que la mayor parte de los acusados opusieron atestigua su inocencia y la inocencia de la orden. Pero sería, de otra parte, inconcebible que nada de verdad hubiese existido en acusaciones que resonaron en toda la cristiandad; y hubo, en efecto, confesiones hechas, no en los tormentos, sino libremente, en Inglaterra, que confirman la información practicada en Francia. Hay otro hecho igualmente cierto y concluyente, á lo ménos en lo

(1) MANST. t. xxv, p. 424.—D'ACHERY, *Specilegium*, t. II, página 199.

que toca á los individuos, á saber: los reproches dirigidos á los Hospitalarios y á los Templarios largo tiempo ántes de los inicuos procedimientos de Felipe el Hermoso. Inocencio III escribía al gran maestre del Temple: "¡Oh dolor! los Templarios no se sirven de la religión sino como de un pretexto para satisfacer su ambición y para entregarse á los placeres del mundo," (1). Gregorio IX acusa á los Hospitalarios de tener públicamente concubinas; y aún muchos, dice, están manchados de herejía, y no temen apoyar á los enemigos de Dios y de la Iglesia (2). La influencia inevitable del contacto con el Oriente explica las aberraciones de los caballeros cristianos. Despues vino la desesperación que la caída de Jerusalén produjo en el alma de sus defensores; los soldados de Jesucristo, viéndose abandonados por Aquel cuyo sepulcro defendían contra los infieles, renegaron del Cristo. La religión del Temple era el fanatismo llevado hasta el furor; y como los extremos se tocan, al desvanecerse bajo el imperio de una triste realidad, el fanatismo da plaza á la incredulidad. Tal es el destino de muchas almas que se pierden en el catolicismo: la superstición engendra en ellas fatalmente la duda y la negación.

(1) INNOCENTII III, *Epist.* x, 121.

(2) GREGOR. IX *ad Magistrum Hospitalis* (RAYNALDI, *Annal.*, a. 1238, núm. 32).

LIBRO TERCERO

EL RENACIMIENTO